

Fernández, Víctor Manuel

Motivaciones espirituales para un trabajo con sentido

Revista Vida Pastoral, N° 246, 2004

Este documento está disponible en la Biblioteca Digital de la Universidad Católica Argentina, repositorio institucional desarrollado por la Biblioteca Central "San Benito Abad". Su objetivo es difundir y preservar la producción intelectual de la institución.

La Biblioteca posee la autorización del autor para su divulgación en línea.

Cómo citar el documento:

FERNANDEZ, Víctor Manuel. *Motivaciones espirituales para un trabajo con sentido* [en línea]. *Revista Vida Pastoral*, 246 (2004) <http://www.san-pablo.com.ar/vidapastoral/index.php?seccion=articulos&id=114>
Disponible en: <http://bibliotecadigital.uca.edu.ar/repositorio/rectorado/motivaciones-espirituales-trabajo-sentido-fernandez.pdf> [Fecha de consulta:.....]

(Se recomienda indicar fecha de consulta al final de la cita. Ej: [Fecha de consulta: 19 de agosto de 2010]).

Publicado en:

<http://www.san-pablo.com.ar/vidapastoral/index.php?seccion=articulos&id=114>

Espiritualidad

Motivaciones espirituales para un trabajo con sentido

Autor: [V́ctor Manuel Ferńndez](#)

En la presente nota el autor se propone invitar a cada trabajador a "echarle Esṕritu al trabajo", carǵndolo de una determinada "mística" que lo ponga en conexi3n con los valores ḿs profundos y dinámicos de la vida, con los hermanos, con Dios.

La espiritualidad del trabajo podría vivirse de una manera individual, pero el ideal es que haga presente un verdadero sentido comunitario que implique un *modo* determinado de vivir el trabajo. Evangelizar en el trabajo, es procurar que comiencen a surgir signos, modalidades y costumbres cristianas que eleven ese trabajo a la categoría de expresi3n de amor a Dios y al prójimo: "Los fieles laicos deben considerar las actividades de la vida cotidiana como ocasi3n de uni3n con Dios y de cumplimiento de su voluntad, como así también de servicio a los demás hombres" (*Christifidelis laicis*, 17).

A continuaci3n desarrollaremos brevemente algunas notas de ese modo de amar característico de la espiritualidad del trabajo.

Ejercicio del sacerdocio de los fieles

Todos los cristianos son sacerdotes y est́n llamados a reinar sobre la tierra (ver Ap 5, 10) para que "todo tenga a Cristo por cabeza" (Ef 1, 10) y así el mundo entero se convierta en una ofrenda agradable al Padre. Este sacerdocio real se ejerce no sólo en el culto, sino también en todo trabajo que permita que reinen el bien, la verdad y la belleza y, paulatinamente, que se elimine todo lo que no responda a la voluntad de Dios: las estructuras injustas, los sufrimientos innecesarios, las condiciones de vida indignas y todo lo que se oponga a la civilizaci3n de la justicia y del amor. Porque la obra redentora de Jesucristo "al mismo tiempo que mira de suyo a la salvaci3n de los hombres, abarca también la restauraci3n de todo el orden temporal" (*Apostolicam Actuositatem*, 5). Así el trabajo puede "ser elevado a una dimensi3n religiosa, por el hecho de que la consciencia creyente descubre allí una materia apta para ofrecer a Dios" (L. Gera, *Espiritualidad del trabajo*, Buenos Aires 1985, p. 9).

Ser instrumentos del Creador para perfeccionar su obra

El ser humano es seńor de la creaci3n "en cuanto imagen de Dios; el suyo es un dominio vicario, no propio... y es precisamente el pecado de desmesura, la pretensi3n de erigirse en seńor absoluto, lo que provoca, junto con el envilecimiento del hombre, el de su entorno" (J. L. Ruiz de la Peńa, *Imagen de Dios*, Santander 1988, p. 216). Dios coloc3 al ser humano en el jardín del Edén "para que lo *labrara* y lo cuidara" (Gn 2, 15) y le hiciera producir frutos, desarrollando las potencialidades de la creaci3n. Desde su origen el hombre est́ orientado al mundo para hacerlo progresar, mejorarlo,

enriquecerlo y embellecerlo prolongando la acción creadora de Dios, que no cesa jamás. Por eso su actividad laboral es una forma de *sabiduría*. La Biblia, refiriéndose al labrador, al artesano, al herrero, al alfarero, dice que "cada uno se muestra sabio en su tarea. Sin ellos no se construiría ciudad alguna ni se podría habitar ni circular por ella... Ellos aseguran la creación eterna" (Eclo 38, 31. 32-34).

En esta cooperación con el Creador, "la naturaleza y la gracia se entretajan de tal manera que no puede hablarse de la una sin la otra" (J. Moltmann, *Cristo para nosotros hoy*, Madrid 1997, p. 82): "La religión consiste, entre otros aspectos, en la actitud por la que el hombre, a partir de su misma experiencia del trabajo, se reconoce recibiendo de Dios Creador y perteneciendo al Dios Señor. En su trabajo, el hombre recoge la experiencia de una donación originaria y de una pertenencia radical; la experiencia de un poder donante, creador y señorial" (Gera, *Espiritualidad del trabajo*, p. 11).

A partir de una correcta actitud receptiva, el trabajo es también una invitación permanente a responderle a Dios, que derrama distintas capacidades "como él quiere" (1Cor 12, 11), desarrollando creativamente los propios carismas porque Él ha querido necesitar del ser humano para que el universo esté en constante progreso. Esto es, ciertamente, causa de alegría porque la fecundidad alegra el corazón: "Veo que no hay para el hombre nada mejor que gozarse en sus trabajos, porque ésa es su paga" (Ecl 3, 22). En esta dinámica Jesús nos invita a estar unidos a él no sólo para sentirnos bien o para salvarnos, sino también para dar fruto: "El que permanece en mí y yo en él, da mucho fruto" (Jn 15, 5).

En este trabajo, respetuoso de la naturaleza y lleno de admiración frente a las maravillas que Dios ha creado, el ser humano va logrando siempre nuevas victorias que "... son signo de la grandeza de Dios y consecuencia de su inefable designio" (*Laborem exercens*, 25). Por eso no se separa la espiritualidad de la preocupación por hacer *bien* una obra, sino que ambas cosas se alimentan mutuamente y confluyen para un resultado positivo: "Procuren, pues, seriamente, que por su competencia en los asuntos profanos y por su actividad, elevada desde dentro por la gracia de Cristo, los bienes se desarrollen..." (*Lumen gentium*, 36).

Y cuando el trabajo que nos toca realizar no ofrece posibilidades de creatividad y novedad, bueno será recordar también que "la actividad humana, así como procede del hombre, así también se ordena al hombre. Pues éste con su acción, no sólo transforma las cosas y la sociedad, sino que se perfecciona a sí mismo. Aprende mucho, cultiva sus facultades, se supera y se trasciende" (*Gaudium et spes*, 35). En definitiva "se hace más hombre" (*Laborem exercens*, 9).

Unión con Jesús de Nazaret, trabajador

"Aquel que siendo Dios se hizo semejante a nosotros en todo, dedicó la mayor parte de los años de su vida terrena al trabajo manual junto al banco del carpintero. Esta circunstancia constituye por sí sola *el más elocuente* Evangelio del trabajo" (*Laborem exercens*, 6).



Trabajando con sus propias manos y dedicando casi toda su vida a una tarea manual en Nazaret, Jesús elevó el trabajo dándole un valor insospechado. Que Dios mismo, al encarnarse, asumiera el oficio de un trabajador manual,

dejando así de lado muchas otras tareas y formas de vida más deslumbrantes y aparentemente más nobles, nos indica la importancia de entregarnos con todo nuestro ser a lo que nos toque hacer, cualquiera sea la valoración que la sociedad haga de esa tarea, y aún cuando muchos digan: "¿Pero éste no es el carpintero?" (Mc 6, 3).

Pudiendo adquirir poder y asombrar a todos con sus dones y capacidades, "compartió, durante la mayor parte de su vida, la condición de la inmensa mayoría de los hombres, una vida cotidiana sin aparente importancia, vida de trabajo manual" (*Catecismo de la Iglesia católica*, p. 531). Ningún trabajo es insignificante, ninguna tarea es despreciable, cualquier ocupación merece que pongamos todas nuestras fuerzas y nuestra creatividad en ella, como lo hizo Jesús en Nazaret, gastando en ello casi toda su juventud.

Unión con el Misterio Pascual

El trabajo tiene dos aspectos que nos invitan a vivirlo en una unión bipolar con la Pascua de Jesucristo: Uno es el aspecto del cansancio, la fatiga, la rutina, e incluso el sufrimiento que puede estar presente en una tarea. Otro es el aspecto del alivio y del gozo que se experimenta cuando se ha terminado un trabajo y se puede contemplar el resultado de la propia obra. Pues bien, los hombres nos unimos al Señor crucificado cuando el trabajo se hace arduo y pesado; pero nos unimos también a su gloriosa resurrección cuando experimentamos el gozo de trabajar, y cuando descansamos disfrutando con alegría los frutos de nuestra labor, que ofrecemos a Dios; vemos así



cómo se proyecta sobre el trabajo la luz de la muerte y la resurrección de Jesucristo. Esta experiencia se hace plena en la celebración de la Eucaristía, porque allí todo lo creado es elevado e iluminado; allí el fruto de nuestro trabajo es bendecido; allí nuestro cuerpo, con todos sus cansancios, se une al cuerpo de Cristo que se entrega, y es transfigurado. En la Liturgia "... la acción sagrada incluso la corporeidad es convocada a la alabanza, y la belleza que

en Oriente es uno de los nombres más apreciados para expresar la divina armonía y el modelo de la humanidad transfigurada, se muestra por doquier: en las formas del templo, en los sonidos, en los colores, en las luces y en los perfumes... En la liturgia las cosas revelan su naturaleza de don que el Creador regala a la humanidad... El Cristianismo no rechaza la materia, la corporeidad; al contrario, la valoriza plenamente en el acto litúrgico, en el que el cuerpo humano muestra su naturaleza íntima de templo del Espíritu y llega a unirse al Señor Jesús, hecho también Él cuerpo para la salvación del mundo... Y también la realidad cósmica está invitada a la acción de gracias, porque todo el cosmos está llamado a la recapitulación en Cristo Señor" (*OL*, 11).

Unión con los cansancios del Pueblo

Otra profunda actitud espiritual, que puede vivirse en medio del trabajo, es la unión con los hermanos que puede realizarse a través de innumerables gestos de solidaridad, de amabilidad y de consuelo.

Además, los cansancios del trabajo pueden ser actos de amor al prójimo cuando se los ofrece a Dios por el bien de los hermanos, o se los puede vivir como un servicio que reproduce y prolonga la entrega redentora de Cristo por nosotros. Vivir el propio cansancio solidariamente unido con el dolor de los hermanos, es vivir la unión mística con Cristo sufriente, y la unión mística con los cansancios y dolores del pueblo.

René Voillaume reconocía que este punto requería un desarrollo, no sólo para la espiritualidad de los Hermanitos de Jesús, sino para "millones de pobres gentes, de humildes trabajadores sujetos a un trabajo a menudo agotador para poder vivir". Voillaume sentía que Dios mismo le dirigía ese llamado "a una participación cada vez más completa en el destino de los pobres" (R. Voillaume, *En el corazón de las masas*, Madrid 1961, 94).

Un modo de orar

Lo arduo del trabajo, que exige toda nuestra atención y nuestro empeño, no nos permite desarrollar una oración reposada y prolongada. Sin embargo, hay un modo de orar que puede vivirse en medio de la actividad más intensa porque el trabajo ayuda a los cristianos "a profundizar en sus vidas la amistad con Cristo" (*Laborem exercens*, 24). No hay nada de la actividad humana que sea indiferente al diálogo con el Señor: "Como Dios es la profundidad de toda experiencia humana, él está en todas las experiencias del hombre... Todas las experiencias auténticamente humanas como el trabajo, el dolor, el amor, la libertad, el tiempo libre e incluso la muerte, ponen en comunicación con el Tú divino" (P. Poupard, *Il Vangelo nel cuore delle culture*, Roma 1988, 49).

En este punto de nuestra reflexión, caben las palabras de Voillaume: "...leyendo el Evangelio no parecía que Jesús hubiese querido hacer de la oración algo raro, algo reservado a unos cuantos hombres que gozan de la calma y del reposo necesario a toda meditación fructuosa" (Voillaume, *En el corazón de las masas*, 94). Más bien hay que decir que "vamos hacia Dios con todo nuestro ser, y vamos *como podemos*. Vamos, ante todo, por nuestras actividades humanas, sobrenaturalizadas por la presencia de la gracia en nosotros. Y siempre son la fe, la esperanza y la caridad las que nos unen con Dios mismo viviendo en nosotros... Tales actos no dependen de las impresiones sensibles ni de los consuelos que encontremos dentro de nosotros. Nos basta saber que somos hijos de Dios y que queremos entregarnos a él. La mejor parte de nuestro ser no es aquella de la que tenemos una consciencia clara" (Voillaume, *En el corazón de las masas*, 95).

Una vida de trabajo humilde, monótono y pesado, donde no se tiene consciencia de ninguna grandeza espiritual personal ni se perciben experiencias espirituales admirables, no es obstáculo para la acción secreta de la gracia:

"Las emociones religiosas se sitúan en la superficie, tienen una causa distinta a la que tiene la percepción de nuestra naturaleza de hijos de Dios. De este modo podréis llegar a ejercer vitalmente la fe, la esperanza y la caridad. Y esto es ya una oración muy auténtica, aunque despojada de todo. Tal vez entonces vendrá el Señor mismo a cumplir en vosotros sus misericordias. No creáis que esta acción divina se verá impedida por la vida pobre que tendréis que llevar. Para vosotros, cuya vocación es precisamente esa vida, el trabajo cotidiano, monótono y duro podrá, por el contrario, permitir que Dios, si así lo quiere, obre directamente en vosotros con toda libertad, y que os arrastre en el movimiento mismo de su amor... El que ora verdaderamente se

pierde de vista, su única mirada es para Dios, y es una mirada de fe pura, de esperanza y amor, a la que nada sensible, y nada sentido, podrá consolar" (Voillaume, *En el corazón de las masas*, p. 96).

Preparando el Reino celestial

El Cristo resucitado "penetra los tiempos de la creación hasta sus orígenes más lejanos", y por eso, la evolución que resulta del trabajo del hombre, participa de esa gloria del Resucitado y se orienta a la plenitud del mundo escatológico donde Cristo domina perfectamente todo lo que existe. Podemos comprender, pues, al progreso humano como un reflejo anticipado de la gloria que alcanzaremos en la unión plena con el Resucitado. Pero cuando nos preguntamos por la importancia eterna que pueda tener el resultado, bueno o no, de un trabajo, es indispensable acudir a un precioso capítulo del Concilio Vaticano II: "...la espera de una tierra nueva no debe amortiguar, sino más bien avivar, la preocupación de perfeccionar esta tierra" (*Gaudium et spes*, 39). Porque "...todos los frutos excelentes de la naturaleza y de nuestro esfuerzo, después de haberlos propagado por la tierra en el Espíritu del Señor y de acuerdo con su mandato, *volveremos a encontrarlos* limpios de toda mancha, liberados y transfigurados, cuando Cristo entregue al Padre el reino eterno y universal" (*Gaudium et spes*, 39). Ya que, si bien el reino de Dios sólo se consumará al fin de los tiempos, "...ya está misteriosamente presente en nuestra tierra" (*Gaudium et spes*, 39). Significa que los resultados del trabajo serán reencontrados en el cielo y, además, preparan "el material del reino de los cielos" (*Gaudium et spes*, 38); entonces no es indiferente que tales resultados sean buenos, o no. Es verdad que el amor que pongamos es lo que mejor prepara la gloria celestial; pero también es cierto que cuando *ese amor* busca creativamente la perfección de la obra, y la logra, tal preparación es mayor todavía. Porque el acto de amor se expresa y *se encarna* de tal manera en esa obra, bella y bien lograda, que es imposible separarlo de ella.

Nuestro aprecio por el Reino de los cielos, donde viviremos juntos y felices por toda la eternidad, ofrece una nueva motivación espiritual para trabajar con empeño, responsabilidad y creatividad para mejorar este mundo que amamos. Eso también es una "espiritualidad" encarnada.

